

TRES ELEMENTOS CONFIGURATIVOS EN LOS CANTOS RELIGIOSOS DEL NORTE GRANDE CHILENO

Bernardo Guerrero Jiménez

Introducción

El presente artículo dedicado al estudio de una manifestación cultural del hombre arcaico, consta de dos unidades. La primera es toda una teoría elaborada acerca del hombre arcaico, su concepción del mundo y de las Divinidades. Es un primer intento de aproximación que se traduce en el intento de comprender toda una forma de pensar y de actuar del hombre arcaico. La manifestación cultural a estudiar la constituye el canto. Cuya creación es obra del universo de hombres ligados y comprometidos entre sí por una misma cultura.

La segunda unidad la constituye el canto. Sin embargo, el canto sólo no nos dice nada, éste no habla por sí solo. El canto pues como “hecho” sólo tiene sentido cuando su lectura es remitida a una teoría. Aquí radica pues la importancia de la teoría, ya que ella nos permite la interpretación y la explicación de tales cantos. Sin embargo, tal teoría es general y por lo tanto aplicable a cualquier contexto donde aún superviva con el disfraz que se quiera el fenómeno religioso. Ahí radica su ventaja y también su desventaja. La ventaja es su gran poder de aplicabilidad. Pero el canto en cuanto hecho es producto de una cultura determinada, de un fenómeno religioso concreto. El canto aquí logra en variadísimas oportunidades arrancar del contexto teórico, el cual pretende explicarlo. Aquí pues radica la desventaja de la teoría. En este sentido, el canto como hecho cumple el objetivo de exigir una reelaboración de la teoría formulada.

I.

Estudiar las manifestaciones culturales de las comunidades arcaicas que aún persisten en el minuto presente, implica y lleva consigo el ir desprovisto de prejuicios que a la larga perjudicaría enormemente nuestros resultados.

El legado cultural, la herencia de las comunidades arcaicas son riquísimas en contenido lo cual constituye un apreciadísimo objeto de estudio para todas aquellas disciplinas que centran su atención en el hombre.

Para comprender con mayor cabalidad el estilo de pensamiento y de acción del hombre arcaico, es menester y esto sea dicho de paso para evitar toda crítica superficial y antojadiza que podrían caberle a este tipo de manifestaciones culturales, ubicarse dentro de todo lo posible de la perspectiva del hombre arcaico.

El hombre de las culturas arcaicas tiene una manera distinta de percibir los objetos, las cosas del mundo circundante, y, a la vez una determinada manera de concebir las cosas.

El mundo (desde la perspectiva religiosa-arcaica) es considerado como una armónica y encantada totalidad, todo esto como producto de la creencia en un orden divino preestablecido y sobrenatural. De todos los seres vivientes el hombre es el único que posee el privilegio de dialogar con las deidades.

En cuanto a su percepción lo primero que aprehende el pensamiento mítico no son caracteres objetivos sino fisionómicos. La percepción mítica se halla impregnada de elementos emotivos; todo se halla rodeado de una atmósfera especial de alegría o de pena, de angustia, de excitaciones, etc. Los objetos son benéficos o maléficos, amigables u hostiles.

En lo que dice relación a su visión diremos que esta es una visión simpatética; las cosas, los objetos, son sentidos como un todo continuo que no admite escisiones ni tajantes distinciones. Lo que es inherente a la mentalidad arcaica es su sentimiento general de la vida, la solidaridad existente entre los objetos salta sobre la multiplicidad de sus formas particulares.

Para él, los objetos del mundo circundante así como los actos de la vida humana, no tienen valor intrínseco autónomo. A través de estos objetos lo sagrado se le muestra, el objeto no deja de ser él, pues sigue participante de la realidad cósmica circundante. El objeto entonces acoge en su seno lo sagrado que lo diferencia de su medio y le confiere valor. Y como todo aquello que recibe lo sagrado, el objeto resiste el tiempo, su realidad se ve duplicada por la perennidad. Lo sagrado entonces tiene tantas formas de manifestarse como objetos posee el mundo.

Para el hombre religioso lo sagrado y lo profano constituyen dos modos distintos de estar en el mundo, dos situaciones existenciales asumidas por el hombre a lo largo de su historia. De estos dos modos distinto de estar en la vida el hombre arcaico se inclina preferentemente por vivir en lo sagrado. En lo sagrado el hombre vive en toda su dimensión existencial-real, es lo que siempre él ha añorado ser. Es un hombre colmado de lo real, de lo imperecedero, vive en la realidad de los dioses, es más se hace contemporáneo a los dioses y participa por lo tanto en la creación del mundo,

aboliendo además el tiempo profano, manifestándose en toda su magnitud su desprecio por la historia.

El espacio habitado y conocido por él, es el Cosmos, el Mundo, el resto se opone al Cosmos, es un espacio extraño y caótico. El primero es el Cosmos el otro es el Caos. Existe el Cosmos porque ha sido consagrado precisamente por obra de los dioses. De ahí que nace la necesidad imperiosa para el hombre arcaico de cosmosizar todo territorio inculto, de consagrarlo.

La vida para el hombre arcaico, encuentra su legitimación en los modelos extrahumanos, vive conforme a los arquetipos. Su vida es perenne repetición, él no conoce ningún acto que no haya sido vivido anteriormente por otro que no era un hombre, él repite los actos de los dioses ejecutados en los primeros tiempos.

El hombre arcaico se ha de mover, ha de insertar su accionar todo, en una extensión geográfica, en un espacio; espacio que para él presenta rupturas, escisiones, es decir, el espacio no es homogéneo, muy por el contrario es un espacio heterogéneo. Es así como hay un espacio sagrado, fuerte significativo, el otro es un espacio amorfo, caótico, no consagrado, carente de estructuras y de consistencias. Ese espacio sagrado es el único que es real. La manifestación de lo sagrado fundamente ontológicamente el mundo. En este espacio sagrado no es dable hallar demarcaciones algunas. La hierofanía revela un punto fijo absoluto, un centro. El descubrimiento o la proyección de un punto fijo en el Centro equivale a la creación del mundo.

Este Centro del Mundo es un simbolismo y como cual no está desprovisto de significado, este simbolismo puede formularse de la siguiente manera: El Centro mantiene el carácter del “eje del mundo” o mito de la Montaña Sagrada donde Cielo y Tierra se juntan. En este contexto el Centro es el punto de unión cósmica, entre el cielo y la tierra (e infierno) la bisagra del universo religioso. El Centro es el lugar privilegiado de la comunión con lo divino, comunión con una dimensión cósmica. Es el espacio sagrado donde vuelven a hallar la seguridad para sus vidas y el apoyo para su existencia. El Centro es la zona de lo sagrado y de la realidad absoluta y trascendental.

El hombre arcaico intenta pues, vivir con la mayor frecuencia posible en el Centro del Mundo, pero para poder hacerlo ha de recorrer un camino largo, penoso y difícil. El camino está sembrado de peligros y amenazas, porque de hecho es el paso de lo profano a lo sagrado, del no ser al ser, de lo ilusorio y lo efímero a la realidad y eternidad.

El acceso al Centro equivale a una consagración a una iniciación, a una nueva existencia real, duradera y eficaz.

El Centro del Mundo y en un día al año que es el día sagrado y en donde se produce el encuentro de la tríada compuesta por el hombre-mundo-divinidad, se realiza y se repite el acto cosmogónico por excelencia: la Creación del Mundo; en consecuencia, todo lo que es fundado lo es en el Centro del Mundo.

Lo que es preciso dejar el claro, es que estos tres elementos que hemos llamado tríada y que está compuesta por el hombre-mundo-divinidad al reunirse en el Centro del Mundo en un día sagrado, lo hacen de una manera conjunta y total, dicho de otra manera estos tres elementos configuran una totalidad cuyas partes no sólo abstraída por el investigador. Sólo son separables por comodidad y por exigencias de métodos.

Hemos dicho que la tríada está compuesta por el hombre, el mundo y la divinidad, estos tres elementos pueden ser descritos de la siguiente manera:

Hombre: El hombre es un ser subordinado a las deidades que él respeta. Sus actos se ven legitimados por la repetición perenne de los arquetipos. El no conoce ningún acto que no haya sido planteado y anteriormente vivido por otro que no era un hombre. Esta constante repetición de las hazañas ejemplares está denunciando una ontología general. Todo lo hecho por el hombre no halla su realidad, su identidad en la medida en que participa de una realidad trascendente. Todos los actos humanos tienen un modelo primario y originario, el casamiento humano por ejemplo reproduce la unión cósmica de los elementos; esto es la hierogamia. De aquí se desprende entonces que todos los actos humanos encuentran su legitimación por un modelo extrahumano.

La vida entonces para el hombre, es vivir según modelos extrahumanos, conforme a los arquetipos.

El sufrir, el padecimiento, es una experiencia provista de significación. Cualquiera que fuese el sentido que asuma el padecimiento, éste siempre responde sino siempre a un prototipo, por lo menos a un orden cuyo valor no es puesto en duda. El padecimiento, el sufrir tiene su significado, el saber que su padecer no es fruto del azar, sino que muy por el contrario responde a ciertas influencias mágicas o demoníacas, frente a los cuales el brujo o sacerdote dispone de armas. Sólo cuando estas armas no rinden el fruto esperado, el hombre recurre al ser supremo y estos en última instancia intervienen.

El padecimiento sólo perturba en la medida en que su causal permanece oculta, ignorada. El padecimiento se hace soportable en cuanto el brujo descubre la causa.

Este es soportable pero de ninguna manera es absurdo. Cuando el padecimiento adquiere sentido y causa puede ser incorporado a un sistema y por ende ser explicado. Se puede decir en su generalidad que el sufrimiento es la consecuencia de un alejamiento o extravío de la norma.

La mujer arcaica por su parte está místicamente solidarizada con la tierra, el acto de dar a luz es una variante a escala humana de la fertilidad de la tierra. La sacralidad de la mujer depende de la santidad de la tierra. La fecundidad femenina tiene entonces un modelo cósmico; el de la madre-tierra. El matriarcado, el predominio social de la mujer, también tiene un modelo cósmico; la figura de la madre-tierra.

La vida para el hombre religioso es el misterio nuclear del mundo. La vida está procedida por una preexistencia y se prolonga a una postexistencia. La muerte no es más que otra modalidad de la existencia humana.

La vida para el hombre arcaico, no es simplemente humana, es cósmica al mismo tiempo, puesto que tiene una estructura transhumana. Posee éste una existencia humana abierta, al vivir el hombre arcaico nunca está solo, en él vive una parte del mundo.

Siguiendo nuestro intento de definir los elementos constitutivos de la tríada, nos corresponde ahora finalizar el segundo elemento que es el Mundo:

Mundo: El mundo existe porque ha sido creado por los dioses, este propio existir del mundo, nos dice, que el mundo no es mudo ni opaco, que no es una cosa inerte, sin fin ni significación. El cosmos vive y habla. Esta propia vida es una prueba irrefutable de su santidad, ya que ha sido creada por los dioses y estos se muestran a los hombres a través de la vida cósmica (de aquí que el hombre, a partir de un cierto estudio de cultura, se concibe como un microcosmo. Se encuentra en sí mismo la santidad que reconoce en el cosmos. Su vida se equipara a la vida cósmica en cuanto que obra divina, pasa a ser la imagen ejemplar de la existencia humana).

El mundo que rodea al hombre, tiene un arquetipo extraterrestre concebido, ya como un plano, ya como una forma ya pura y simplemente como una doble existencia precisamente en un nivel cósmico superior. Sin embargo, tenemos que dejar en claro que no todo el mundo tiene un arquetipo de esa especie, hay partes del mundo que están habitadas por fuerzas demoníacas que en definitiva corresponden a un modelo místico caótico.

Los objetos de este mundo no poseen un valor intrínseco autónomo, éstos no son más que receptores de una fuerza extraña que le otorga sentido y valor y lo diferencia de su medio. La existencia de este objeto es una hierofanía, no

comprensible no vulnerable, es lo que él no es. Es un muro de contención contra el tiempo; la perennidad es la causa de su realidad más plena.

El solo hecho de establecerse en una región nueva y desconocida o inculta lleva consigo e implica la repetición del acto de la creación, la repetición de un acto primordial; la transformación del Caos en Cosmos por un acto divino de la creación.

La naturaleza está siempre cargada de un valor religioso. Lo es porque el Cosmos es un producto de la acción o voluntad de los dioses, el mundo está impregnado de sacralidad. Los dioses han manifestado las diferentes modalidades de lo sagrado en la propia estructura del mundo y de los fenómenos cósmicos.

El mundo por lo tanto está cargado e impregnado de sentido religioso-sagrado experimentado por el hombre. El hombre arcaico tiene ante sí un gran panorama, una gran dimensión mística frente a los objetos y a las cosas que el mundo posee, objetos y cosas que son vehículos comunicantes de lo sagrado.

El deseo constante del hombre arcaico es vivir lo más cerca posible del espacio sagrado en aquel territorio consagrado por los dioses, es decir en el centro del Mundo la zona de lo sagrado por excelencia. Todo este deseo lo hace deducir y derivar a su experiencia personal, de ahí las ansias del hombre arcaico de situarse en el Centro de la habitación en su microcosmos, en su cuerpo que también lo es.

El tercer elemento de la tríada que nos corresponde definir aquí es la divinidad:

Divinidad: La divinidad es sin duda alguna para el hombre arcaico el elemento de primerísima importancia y lo es, ya que el hombre arcaico ve en las divinidades a sus creadores, a sus protectores.

El cielo para el hombre arcaico se revela como infinito, como imperecedero, trascendente. Es algo completamente distinto en comparación con esta nada que representa al hombre y sus alrededores. Lo trascendente se revela por la simple toma de consciencia de la altura infinita. Las regiones superiores inaccesibles al hombre, las zonas siderales, adquieren el prestigio de lo trascendente de la realidad absoluta de la eternidad. Esa es la habitación y moradas de los dioses. Lo "altísimo" es una inaccesible dimensión al hombre como tal; pertenece y es por excelencia "territorio" de los seres y fuerzas sobrenaturales. Aquel mortal que llega al Cielo, deja de ser hombre, de una u otra manera participa de una consición sobrenatural.

El Cielo entonces, revela por su propio modo de ser, la trascendencia, la fuerza, la eternidad. Su existencia es absoluta porque es elevado infinito, eterno y poderoso.

Ahora bien, el cielo y esto tengámoslo claro, es producto de la acción y voluntad de los dioses, de ahí que el dios no se identifica con el cielo. El Dios celeste es una persona y no una epifanía urania. El dios tiene como morada el cielo que es su producto y su presencia se manifiesta a través de los fenómenos meteorológicos: trueno, rayo, tempestad, etc.

Los seres supremos de estructura celeste tienden a desaparecer del culto; se “alejan” de los hombres, se retiran al cielo y se convierten en *dei otiosi*. Se retiran al cielo dejando en la tierra a emisarios que tienen como misión acabar o perfeccionar la Creación.

II.

El hombre de las sociedades arcaicas ha de necesitar, manifestar sus sentimientos. Sentimientos que van dirigidos en última instancia a las deidades superiores a las cuales él se siente en una constante e intensa dependencia. La acción de manifestar esos sentimientos lo podrá hacer en forma directa o indirecta. Será en forma directa (cuando el canto que es una manifestación de su sentir) recorre una sola recta que tiene como punto final a las Deidades. Indirectamente se hará cuando el canto que va dirigido en última instancia a las Deidades pasa por medio de un objeto de la naturaleza que no perdiendo su forma de ser asume el papel de vehículo que lleva consigo tan sentimiento.

El canto como una forma de explicitación de un sentimiento adquiere para nosotros el carácter de importancia, ya que por el análisis de su contenido podemos detectar en su estructura que subyace toda una concepción del mundo, del hombre y de sus creadores.

Todos los cantos van dirigidos a las Divinidades, a los creadores en los comienzos de los tiempos del mundo y de los hombres. Pero no van dirigidos al Dios último, al Dios lejano. Estos “se retiran al Cielo, dejando en la Tierra a su hijo o a un demiurgo para acabar o perfeccionar la Creación” (Eliade, 1968:119). Los cantos van pues dirigidos a los emisarios o demiurgos, en nuestro caso en estudio, a la Virgen. El Dios lejano, los Seres Supremos de estructura celeste son identificados por el hombre arcaico como el padre de la Virgen a quien el hombre arcaico concurre en un día sagrado al Centro del Mundo a venerar. El eterno padre, el creador, es sólo mencionado:

Buenos días tengais Madre madre mía soberana
hija del eterno padre hoy venimos a saludarte
006.31(3)

Caminemos todos todos por igual	donde nuestra madre madre del señor.	231.11(7)
Madre del Carmelo compasiva madre	madre de Dios hijo hijo de Dios padre.	333.42(4)

Al Dios cercano, con la cual el hombre arcaico siente la imperiosa necesidad de encontrarse para venerarla con más intensidad que nunca, para recibir de ella la regeneración, el perdón y la bendición. A ella pues van dirigidos los cantos, a ella pues van dirigidas las veneraciones, las alabanzas y las súplicas:

Madre del Carmelo compasiva madre	madre de Dios hijo hijo de Dios padre.	333.42(4)
Disipado día Madre con tu protección inmensa	Madre mía milagrosa imploramos tu clemencia	
Rendidos están tus hijos todos de buen corazón	alza tu mano divina y échanos tu bendición	105.21(8)
A tu presencia divina postramos tu gloria	y oídnos con clemencia a tus chunchos de Victoria	165.11(6)

El Cielo se le revela al hombre arcaico como una instancia completamente distinta al hombre y a todo lo que le rodea. El Cielo es habitación y morada de los Dioses (que la Virgen habrá de abandonar, descendiendo para bendecir al hombre arcaico). Lo “altísimo” es una inaccesible dimensión al hombre como tal; es esta por excelencia región de los seres y fuerzas sobrenaturales. El Cielo se manifestará también como una parte integrante de la Divinidad. El Cielo es por excelencia una región impregnada de lo divino:

De las alturas del Cielo bajaste divina señora	échanos tu bendición a tus hijos peregrinos.	222.31(4)
Del Cielo a la Tierra bajaste señora	por los pecadores madre redentora.	

319.11(9)

Llegaste gran señora
del alto Cielo bendito

y por los pecadores
entregaste tu hijo.

319.12(7)

La Virgen al descender de las alturas inaccesibles al hombre, tendrá como punto de llegada un templo, que por el sólo hecho de contar con la presencia de la Virgen, adquiere el carácter de “cielo sobre la tierra”. Es decir está en el mundo, pero no pertenece a él. El santuario estará ubicado en el Centro del Mundo, manteniendo el carácter del “eje del mundo”. En el Templo-habitación de la Divinidad el hombre arcaico se sentirá extasiado y experimentará la más grande de las alegrías que hombre alguno haya experimentado. El tiene ante sí una dimensión distinta a la cual él, en el acto mismo del encuentro siente que su interioridad se trastoca:

Al entrar en este templo al ver aquella lindura
se me parte el corazón Madre mía de mi salvación.

El hombre arcaico para llegar al Centro del Mundo ha de tener que recorrer un camino arduo, largo y pedregoso. Ha de tener que eludir una serie de obstáculos que le impiden que éste cumpla su contenido.

De lejanas tierras cargando en mi cuerpo
venimos señora mi alma pecadora.

De lejas tierras venimos rompiendo espesos montes
cruzando mares y ríos resistiendo grandes fríos.

277.11(1)

De lejas tierras venimos porque venimos a verte
atravesando peligros mientras nos hallamos vivos.

166.13(2)

Obstáculos que algunos sabrán eludir, otros no, el camino a la consagración es difícil, porque de hecho es un rito que marca el paso de lo profano a lo sagrado. El siguiente verso así lo demostrará:

Pobre peregrino fuera del camino
que llorando estás donde pasarás.

089.02(E)

Pobre peregrinos que vagando están	fuera del camino donde pasarán.
---------------------------------------	------------------------------------

Pobres peregrinos que vagando van	fuera del camino donde vagarán
--------------------------------------	-----------------------------------

324.02(E)

El hombre arcaico pues a cada paso que da, cada trecho que va avanzado, acercándose al Centro del Mundo, implora para que el camino se le haga expedito:

Malo es el camino pero tú eres senda	que a los peregrinos conduces a ti.
---	--

002.21(2)

Campos naturales déjanos pasar	porque tus devotos vienen a adorar.
-----------------------------------	--

Echanos tu bendición que llorando te pedimos	para que nos vaya bien en peligrosos caminos.
---	--

212.71(15)

El camino es sin duda alguna, largo y penoso, recorrer toda esa extensión implica y lleva consigo cansancio, exhaustividad, más el cansancio es soportado porque al fin y al cabo tan penosa travesía tiene como pago la regeneración y la bendición de la Virgen:

Cansados llegamos buscando a la Virgen	por pampas y montes con toda alegría.
---	--

Vamos todos contentos cumpliendo ya nuestra promesa	venimos por cerros y pampas cansados llenos de alegría.
--	--

330.12(4)

De lejanas tierras venimos a buscarte madre celestial	Cerros y pampas hemos recorrido muy contentos llegamos a tu altar.
--	---

271.91(4)

Sin embargo, aparte de ser largo y penoso el camino, muchas veces el lugar donde se encuentra el Centro del Mundo no aparece claro para el hombre arcaico, éste ha de agotar todos sus medios para lograr su localización, ha de recorrer toda la tierra para dar con el lugar donde se encuentra la Virgen:

La andamos buscando de esfera en esfera	hemos recorrido por toda la tierra.	277.12(9)
--	--	-----------

La andamos buscando por toda la tierra	cruzando montañas sin poder hallar.	006.12(7)
---	--	-----------

El hombre arcaico decíamos, siente en sí la imperiosa necesidad de la purificación, de la regeneración y de la bendición. Para retornar al mundo con más fuerzas, para seguir venerando a las Deidades. Sin embargo, no es asunto de él, que cada año en un día sagrado, él se encuentre con la Virgen, eso depende única y exclusivamente de la voluntad de Dios:

Al fin quiso Dios con su gran poder	que al cabo de un año la hemos vuelto a ver	023.11(3)
--	--	-----------

La llegada de ese día es esperado con ansias:

Ya del año vino el dichoso día	el que se celebra con toda alegría	029.11(5)
-----------------------------------	---------------------------------------	-----------

En ese día la alegría es colectiva:

Cantemos hermanos con grande alegría	lleno de armononía en este gran día	274.41(5)
---	--	-----------

BIBLIOGRAFÍA

Eliade, Mircea
1968 "El mito del eterno retorno". Editores Emecé; Buenos Aires, Argentina.

___1967 "Lo sagrado y lo profano". Edición Guadarrana; Madrid, España.

Kessel, Juan van
s/a "Colección de Cantos de los Bailes Religiosos del Norte Grande". Sin Editar.

Cómo citar:

Guerrero Jiménez, Bernardo

1975 "Tres elementos configurativos en los cantos religiosos del Norte Grande chileno".
En: Cuaderno de Investigación Social, N°1. Universidad del Norte; Antofagasta,
Chile. pp. 45-56.